—¿Por qué?—le preguntaron.

—Por una razón muy sencilla—contestó.—Porque no hay noticia en el mundo de que las tempestades, ni las olas del mar, ni los terremotos, ni los torrentes, ni los huracanes paseen su furor por la tierra adornados con collares de cascabeles.

Dijo, y dió una vuelta sobre sí mismo, con la arrogancia del que acaba de aniquilar á su contrario por medio de un golpe maestro.

El rumor, que se dejó oir más claramente, confirmó sus palabras, y hasta la viuda reconoció la evidencia del caso, diciendo:

—Hemos sido muy torpes. La tempestad, el torrente, el terremoto y el huracán, quedan reducidos al rumor de un coche que pasa por el camino. Creo que pueden ustedes tranquilizarse, aunque, por otra parte, reconozco que había motivo para atemorizarse, porque no se puede negar que el trueno que nos ha puesto en alarma es un trueno de campanillas.

Alguno hubo que quiso disculpar su torpeza, y dijo:

—Un coche á estas horas no deja de ser un suceso extraordinario; hace una hora que pasó el correo, que es el único, ó por lo menos el último coche que pasa por este camino; nuestras dudas son, por consiguiente, muy disculpables.

Nada hubo que oponer á esta observación, y todos guardaron silencio.

## II

### LA SILLA DE POSTA

El ruido del coche cesó repentinamente en el momento en que más próximo sonaba; señal de que se había detenido en la puerta del establecimiento, y era claro que traía una nueva remesa de enfermos.

Probablemente estos viajeros no habrían encontrado asientos en el coche-correo de Zumárraga, y habían tenido que valerse de un coche, digámoslo así, extraordinario para llegar aquella misma noche á los baños de Cestona.

Semejante observación explicaba perfectamente la llegada de aquel coche inusitado; mas es el caso que tropezaba con una dificultad muy atendible, que uno de los que allí se hallaban expuso en los términos siguientes:

—Los viajeros que, al parecer, acaban de llegar, han debido encontrar asientos en el coche-correo, porque yo lo he visto pasar, y venía vacío.

En aquel momento apareció en la puerta del salón un joven de fisonomía expresiva y sueltos modales, en cuyo aspecto se advertía desde luego esa cordial franqueza que, por lo común, llevan siempre consigo los seres dichosos.

Á primera vista se advertía en él esa satisfacción íntima del que ha encontrado la paz de una dicha tranquila é inalterable; parecía, por lo menos, y perdóneseme lo raro del caso, un hombre contento con su suerte.

No era ciertamente un ser satisfecho de los encantos de su persona, ni de los atractivos de su talento; no había en él apariencia alguna de poseer un espíritu reflexivo; no tenía traza ninguna de ser ni filósofo, ni poeta. Lo que no podía dudarse desde el momento en que se le veía, es que era un hombre dichoso.

La movilidad de su fisonomía indicaba cierta vehemencia más ó menos pasajera en sus sentimientos y en sus ideas, y la impetuosidad que se advertía en su carácter dejaba traslucir que aquella máquina, puesta una vez en movimiento, sería difícil detenerla.

La parte de niño que hay en todo hombre estaba en él aumentada, es decir, que había conservado el aturdimiento de los pocos años, sin dejar por eso de ser un hombre hecho y derecho.

Juzgándolo por las ligerezas de su carácter y



por las impetuosidades de su genio, podía tomársele por un calavera incapaz de pensar seriamente sobre ninguna cosa de este mundo; mas sus locuras permanecían ignoradas; no se contaba de él ningún desatino extraordinario; antes bien se tenía por cosa averiguada que vivía muy juiciosamente.

Semejante al pájaro encerrado en la jaula, se movía sin descanso, aleteaba mucho, como si de esta manera quisiera demostrar la alegría de verse encerrado.

Su presencia en el salón fué agradablemente acogida, y varias voces exclamaron al verlo:

—Señores..... aquí está el Vecino.

El Vecino se conoce que estaba acostumbrado á estos recibimientos, pues á su vez dijo, saludando á derecha é izquierda con cómico desembarazo:

—El Vecino, señores.....; el Vecino, y en una pieza.....: cosa que causará á ustedes admiración cuando sepan que he estado á punto de romperme un brazo ó una pierna.

Estas palabras, pronunciadas en voz alta, atrajeron hacia su persona toda la atención de los circunstantes.

La señora de Montfort tuvo la amable condescencia de sonreirse, y con un acento valenciano que hacía más desabrida la displicencia natural de su carácter, exclamó:

—¡Ah!..... Hubiera sido una desgracia.

—Sin duda—contestó el Vecino;—pero en

cambio habría tenido el gusto de sorprender á ustedes, entrando aquí con una pierna ó con un brazo en la mano.

—Nuestro Vecino—dijo la viuda—venía, por lo visto, en el coche que acaba de detenerse, y ¡claro está! ha volcado.

Una muestra de general asentimiento dió á entender á la viuda que todos eran de su parecer: solamente la generala se opuso, diciendo:

—¡Oh!..... Hay muchas maneras de romperse un brazo.

—Innumerables—añadió la otra:—pero la más segura de todas es la de un vuelco, y nuestro Vecino no puede ocultar que ha pasado por esa contingencia. Vean ustedes el desorden de su vestido.

Y como si quisiera comprobar la exactitud de estas palabras, el Vecino mostraba en su vestido y aun en su persona las señales evidentes de una gran caída.

—En efecto—dijo:—he caído sin poder evitarlo, y han pasado sobre mí cuatro caballos y cuatro ruedas.

—¡Qué barbaridad!—exclamaron algunas voces.

—¡Pero eso es imposible!—replicaron otras.

—¡Imposible!..... ¿Por qué?—preguntó, poco satisfecho de que se pusieran en duda sus palabras.

—Porque parece increíble—le contestaron—que pasen cuatro caballos y cuatro ruedas por encima de un hombre sin hacerle lesión ninguna.

—Pues yo lo aseguro—insistió;—y sostengo



que no hay en todo mi cuerpo ni el más ligero rasguño. Si tuviera algún miembro roto, aseguro á ustedes que no incurriría en la impertinencia de ocultarlo.

Al ayudante del general Montfort le pareció increíble el caso, y midiéndolo de pies á cabeza desde la formidable altura de su gigantesca persona, dijo:

—Bien: convengamos en que han pasado por encima de su cuerpo cuatro caballos y cuatro ruedas sin causarle lesión ninguna. No hemos de poner en duda la veracidad de sus palabras por tan poca cosa; pero convengamos al mismo tiempo en que parece inexplicable cómo puede pasar un coche que vuelca por encima de la persona que va dentro.

Dicho esto, miró á su alrededor, satisfecho de sí mismo, mientras el Vecino, haciendo un gesto bastante expresivo, replicó diciendo:

—Muy bien..... Aplaudan ustedes la finura de esa observación, porque lo merece. Yo mismo, víctima de la ironía que encierra, me encuentro dispuesto á celebrarla, y sólo tengo que oponer dos razones insignificantes. Primera: que el coche no ha volcado. Segunda: que yo no iba dentro del coche.

Esta réplica hizo reir á los circunstantes, sobre todo á la señora de Montfort, que la celebró con ruidosas carcajadas, acerca de cuya espontaneidad podía haber diversos pareceres.

—¡Oh, qué gracia!—exclamó.—Han quedado

ustedes lucidos..... Vecino, lo que usted dice no tiene vuelta de hoja.

El ayudante del General se mordió los labios, y alguna palabra dura quiso salir de su boca; mas la generala lo impidió, pues se interpuso, diciendo:

—Es usted el alma de nuestra tertulia. Esta noche nos aburríamos soberanamente. Yo, por mi parte, puedo asegurar que hasta he dormido. La Marquesa, á pesar de sus dolencias y de su luto, ha hecho esfuerzos inauditos por distraernos, sin poder conseguirlo: estábamos en el colmo del fastidio. El correo ha venido sin traernos ninguna noticia de interés, ningún suceso de importancia. Pero llega usted, amigo mío, como suele, con alguna novedad extraordinaria, ó á lo menos inesperada, digna de llamar nuestra atención, y así es que ha bastado su presencia para ponernos á todos en movimiento.

Esta vez fué la viuda la que se mordió los labios, porque, como ya habremos comprendido, á ella se dirigía la generala, distinguiéndola con el título de Marquesa, que disfrutaba como un recuerdo de su difunto marido.

Como hemos podido observar, la marquesa poseía un buen humor á toda prueba; se había propuesto pasar la vida de la mejor manera posible, y con todo se divertía y de todo sacaba partido. Sus ojos, cuya mirada no dejaba de ser escudriñadora, tenían la facultad de ver todas las cosas por el lado risible. Consolándose á sí misma de la



muerte del difunto marqués, decía: «A lo menos, no se dirá que le he dado el sentimiento de morirme antes.» Era, pues, una de esas mujeres de las que se dice que son capaces de reirse de un entierro.

Este buen humor, que probablemente conservará toda su vida, formaba singular contraste con el aspecto de su persona, pues la palidez enfermiza de sus mejillas no era señal de una salud excelente; antes bien dejaba traslucir que aquella naturaleza se hallaba malhumorada.

Todas las miradas se volvieron hacia ella, porque las palabras de la señora de Montfort, dichas, si es posible explicarme así, con amable aspereza, exigían una respuesta aguda, una salida ingeniosa, que hiciera reir á los circunstantes á costa de la arrogante generala. Mas el ingenio no es una facultad que se tiene siempre á la mano; falta muchas veces, quizá cuando más necesario es, y la marquesa se encontró sin la respuesta digna de la ocasión y de las circunstancias; mas no era mujer que se dejaba dominar fácilmente, y aplazando para coyuntura más favorable un justo desquite, guiñó graciosamente el ojo derecho, como si se hiciera á sí misma una señal de inteligencia, y después, dirigiéndose al Vecino, le dijo:

—Nuestros esfuerzos han sido inútiles para sacar á la señora de Montfort de la preocupación que esta noche la domina; usted, más dichoso, ha conseguido disipar su fastidio. Ahora, siéntese usted, y cuéntenos todos los pormenores de tan raro suceso.

—Aquí—gritó la generala, señalando al Vecino un sitio en el sofá junto á ella;—aquí estará usted más cómodo, porque esas sillas son infernales, y esas butacas insoportables.

El Vecino se inclinó cortésmente y fué á sentarse en el sofá junto á la generala.

—No deja de ser singular—dijo—lo que me ha sucedido.

—Veamos.

—Después de todo—siguió diciendo—no tiene nada de particular: á cualquiera habría podido ocurrirle.

—Á cualquiera—advirtió la generala—que tenga la cabeza tan ligera como usted; porque de seguro se trata de alguna locura.

—Es posible, señora, porque no debo ocultar que, al fin y al cabo, una pasión me ha conducido al terrible extremo en que me he visto.

—¡Una pasión!—exclamaron algunas señoras sorprendidas.

—Sin duda—añadió;—pero no hay motivo para alarmarse; pues no se trata ni de una pasión desesperada, ni de una pasión culpable.

—¡Hola!—dijo el ayudante del general Montfort.—La tragedia del coche se va á convertir en idilio.

—¿Acaso no hay en el mundo más amor que el que nos inspiran las mujeres? No negaré que en el fondo de mi aventura hay una mujer, y en todo ello muchas mujeres; mas el amor de que se trata es un amor inocente..... Es el amor al arte.



—Explíquese usted—dijo la marquesa—si es que tiene el propósito formal de que lo entendamos.

—Voy á explicarme: hay quien admira las obras maestras que salen de las manos de los hombres; obras al fin incompletas, puesto que les falta el *quid divinum* de la vida, que el genio del hombre no puede infundirles. Yo profeso la opinión de que el arte está en la naturaleza, y en ella busco las obras supremas del arte; y en punto á escultura, que es mi ramo predilecto, he preferido siempre las estatuas de carne y hueso que andan por el mundo, á las estatuas de mármol y de bronce que adornan los salones y los jardines.

Al terminar el Vecino la exposición de esta teoría, la señora de Montfort se irguió gallardamente, y él prosiguió diciendo:

—Cerca de aquí hay dos museos. ¿No han pasado ustedes por Azpeitia?..... ¿No se han detenido algunos instantes en Azcoitia?..... Pues bien: estos dos pueblos tienen fama de poseer magníficas esculturas.

Ninguno de los circunstantes tenía noticia de que los pueblos citados fuesen famosos por sus obras de arte; así es que lo nuevo del caso produjo un murmullo de incredulidad.

—Quiero decir—añadió—que en Azpeitia y Azcoitia se crían mujeres hermosas, dignas por su belleza de la más remota antigüedad.

—Hasta ahora—advirtió la marquesa—esa fama la tenían conquistada las mujeres de Andalucía.

—Cierta gracia—replicó la generala—es lo que se les concede á las mujeres andaluzas; pero la verdadera belleza se encuentra, sin disputa, en el reino de Valencia.

Miró el Vecino alternativamente á la señora del general Montfort y á la viuda del Marqués, y dijo:

—Sería difícil, señoras, resolver la cuestión que ustedes suscitan; pero en realidad no se trata ahora de esos preciosos tipos que podemos llamar modernos, porque su antigüedad sólo se remonta á la invasión árabe. Yo hablo de un modelo de belleza más antiguo, tan antiguo por lo menos como la lengua que se habla en estas montañas. Mi amor al arte vivo, al arte de la naturaleza, me sugirió la idea de una expedición artística á los pueblos de Azpeitia y Azcoitia, famosos por la hermosura de sus mujeres. Allí, pensé yo, voy á encontrar la belleza humana como debió salir del arca de Noé.

—¡Diablo!—exclamó uno de los jugadores de tresillo.—Eso constituiría una verdadera belleza arqueológica.

—Sin duda—replicó vivamente el Vecino.—Un tipo primitivo, casi antediluviano, perfectamente conservado en la tranquila soledad de estos valles.

—Esto es curioso—advirtió el ayudante del general Montfort.—Me parece que nos vamos á encontrar manos á boca con alguna hermosura fósil.

Esta observación produjo alguna hilaridad, éxito que la generala cortó, diciendo:

—Siga usted, amigo mío. Quedan prohibidas



las interrupciones, porque todo lo que está usted diciendo es muy original y muy interesante.

—Prosigo, pues. Esta mañana al amanecer emprendí mi expedición á pie, como un artista, á los pueblos de Azpeitia y Azcoitia, y en uno y en otro he pasado el día estudiando el tipo de la mujer antigua, de la mujer de los Patriarcas. Allí he visto á Sara, á Raquel, á Rebeca, en su sencillez, y en su belleza, y en sus costumbres.

—Entonces quiere decir—indicó la marquesa—que ha hecho un viaje á la Mesopotamia.

—Ni más ni menos—contestó el Vecino muy formalmente; y siguió diciendo:—Mucho después de obscurecer di por terminada mi expedición, y me dispuse á tomar la vuelta; mas, en honor de la verdad, me sentía cansado, y hubiera preferido el traqueteo de un coche á volverme á pie: así es que decidí esperar al correo para venirme á Cestona; pero el correo había pasado ya. Me encogí de hombros, como el hombre que se resigna con su suerte, y me dispuse á tomar el camino. En aquel momento sentí el estrépito de un coche, y me esperé, seguro de encontrar en él un asiento que me hiciera menos largo el camino. A los pocos instantes el coche llegó, y se detuvo delante de mí, como si el cochero que lo dirigía hubiera adivinado mi deseo, cosa que me pareció muy natural, si se atiende á que mi traje y mi aspecto indicaban bien claramente mi calidad de viajero.

El coche quedó parado, y el cochero inmóvil en el pescante. Me dirigí á él, y le dije: «Un asiento.»

Me miró de alto abajo con cierta estúpida insolencia, y no se dignó contestarme ni una palabra..... «¡Eh!.....» volví á gritarle..... «¿Es usted sordo?..... Necesito un asiento para Cestona.» Contestóme con la misma insolencia y con el mismo silencio. El bribón se había propuesto burlarse de mí. Apreté los puños, alzándolos sobre mi cabeza para darle á entender que era muy capaz de descargarlos sobre sus espaldas; mas si yo le enseñé los puños, él me enseñó los dientes, dejándome ver una sonrisa soberanamente imbécil, y antes de que yo pudiera realizar mi amenaza, agitó las riendas y puso los caballos al galope. Me lancé sobre el coche, y de un salto me puse sobre el estribo.

—¡Qué locura!.....—exclamó la señora del general Montfort.

—No es una manera de viajar muy cómoda..... —dijo la marquesa.

—Pero en cambio—añadió Román—es la manera más barata que se conoce.

—Mi propósito al asaltar el estribo del coche fué seguir al cochero hasta el fin del mundo, para enseñarle los inconvenientes que suele tener la imbecilidad.

—¡Qué disparate!..... ¿Se proponía usted pedirle una satisfacción?

—No, señora marquesa; mi propósito era más modesto. Pretendía únicamente descargar dos veces, primero uno y luego otro, sobre la cabeza del imbécil, los dos puños perfectamente cerrados.

—¡Andar á cachetes con un cochero!.....



—¿Por qué no?

—¡Es muy natural!—advirtió el ayudante.—El que viaja en el estribo de un coche bien puede andar á cachetes con el cochero.

—Sin duda—insistió el Vecino.—Ante ninguna consideración humana renunciaría al placer de castigar una insolencia.

Ambos interlocutores se miraron fijamente, y los más perspicaces pudieron sospechar que no estaban muy contentos el uno del otro.

La generala dijo:

—Siga usted su cuento, y no haga caso de las interrupciones.

—El coche rodaba impetuoso por el camino, arrastrado por cuatro caballos, que galopaban á compás, como si los cuatro no fueran más que uno. La incomodidad de la posición en que iba aumentaba mi cólera de tal modo, que me complacía en ir sucesivamente aumentando el número de puñadas que habían de caer sobre la cabeza del cochero. Me ocurrió la idea de abrir la portezuela y tomar asiento dentro del coche; mas pronto advertí que la posición en que iba me lo impedía, y comprendí, no sin terror, que si la portezuela llegaba á abrirse rodaría sin remedio por el camino. Entonces, con mis manos fuertemente asidas á la llave para poder conservarme de pie sobre el estribo, la sujeté para que no pudiera abrirse. No me ocurrió ni por un instante la idea de abandonar mi propósito; pero además habría sido inútil, porque los caballos corrían cada vez con más vio-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

lencia, y concebí el proyecto de meterme por el ventanillo que delante de mí tenía cerrado por una persiana. Hasta entonces no había reparado en que el coche no era de los que ordinariamente van y vienen de Zumárraga á Zarauz y á Cestona; era una silla de posta perfectamente cerrada, dentro de la que no se advertía ruido alguno; ó iba vacía, ó los viajeros que la ocupaban dormían á pierna suelta, ó iban muertos. Indudablemente era un coche particular, en el que viajaba algún gran personaje. Esta reflexión detuvo mi mano en el momento en que iba á descorrer la persiana. En esto los caballos hicieron alto, y yo salté del estribo y fuí resueltamente á colocarme delante de los caballos. El cochero pareció asombrado de mi presencia, y yo le dije: «Ahora veremos si es usted tan duro de puños como de cascos.» No me contestó ni una palabra, pero miró á un lado y á otro con ademán indeciso. «Supongo, añadí, que no me obligará usted á que le ayude á bajar del pescante.» Al acabar yo de pronunciar estas palabras, la persiana del testero de la silla se descorrió de golpe, y una voz imperiosa, fina, aguda é irritada, gritó: «¡Eh... *allons... allons!*» Este grito produjo en el cochero el efecto de un resorte, pues tendió la fusta, la hizo crujir con violencia sobre las cabezas de los caballos, y la silla de posta partió como un rayo; yo sentí un empuje irresistible que me hizo caer de espaldas, y los cuatro caballos y la silla de posta pasaron sobre mí como un torbellino.

## III

### EL VECINO

Aunque la víctima bárbaramente atropellada por los caballos y por la silla de posta se hallaba allí sana y salva, sin embargo, la parte más nerviosa del auditorio no pudo contener un movimiento de horror, y hasta hubo quien cerró fuertemente los ojos por no ver el horrible espectáculo que debe ofrecer un cuerpo humano sobre el que pasan nada menos que cuatro caballos y una silla de posta.

El Vecino paseó la mirada por el corro que lo rodeaba, saboreando la satisfacción de haber conmovido tan vivamente á su auditorio; y aunque descubrió en la boca del ayudante del general Montfort una sonrisa de desdeñosa incredulidad, se encogió de hombros, y siguió diciendo: